
CRÍTICA LITERARIA: GÉNERO Y DIFERENCIA SEXUAL

Elena Ferrufino-Coqueugniot³

Cómo citar: Ferrufino-Coqueugniot, E. (2007). Crítica literaria: género y diferencia sexual. *Página y Signos: Revista de Lingüística y Literatura*, 1, 101-111. <https://doi.org/10.5281/zenodo.10995246>

RESUMEN

Crítica literaria: género y diferencia sexual se articula en base a dos ejes fundamentales. Por un lado, establece un decurso cronológico sobre los inicios y el desarrollo de la crítica literaria feminista, incluyendo en esta mirada las perspectivas teóricas de autoras europeas, norteamericanas y latinoamericanas. Por otro lado, se centra en la discusión de algunos de los alcances teóricos, sociales y políticos que hacen a la esencia de la teoría crítica, entendida en términos de identidad cultural, crítica social, liberación y posicionamiento político de las mujeres, no sólo a nivel de la representación, sino sobre todo en el ámbito de las instituciones y los procesos sociales que las demarcan.

El artículo pretende invitar al lector a acercarse a la literatura y a la vida misma desde una perspectiva novedosa, a la vez que revolucionaria: el género y la diferencia sexual. A través de la exploración de los procesos críticos y teóricos que sustentan esta mirada, la crítica literaria feminista propone un proceso de descubrimiento y re evaluación de los textos. Los efectos de esta empresa, necesariamente comprometida con la problemática del género y la diferencia sexual, tendrían que ser inevitablemente diseminados sobre nuestras maneras tradicionales de leer y pensar sobre la historia, la cultura y la literatura.

Palabras clave: crítica literaria feminista, género, diferencia sexual

³ Licenciada en Idiomas (UMSS) con diploma de especialidad en Metodología Audiovisual para la Enseñanza del Francés Lengua Extranjera (Universidad Poitiers – Francia), Doctora en Literatura Comparada (Universidad de Colorado at Boulder – EEUU). Actualmente, es docente de la Carrera de Lingüística Aplicada a la Enseñanza de Lenguas, UMSS.

Hablar de crítica, como hablar de literatura y de género implica, necesariamente, una reflexión no sólo sobre el significado de los conceptos sino, especialmente, sobre los alcances teóricos, sociales y políticos que adquieren los términos en contextos y momentos históricos determinados. En el caso específico de una Revista Académica, que se ocupa de temas lingüísticos, literarios y didácticos, se impone, creo, un decurso necesariamente cronológico que nos permita, al mismo tiempo, discutir algunos de los problemas de la crítica feminista para, finalmente, poner en cuestión ciertos elementos de identidad cultural y de liberación, no sólo en el sentido de género y diferencia sexual, sino también en el marco fundamental de la crítica social.

A partir de los años 60, cuando la crítica feminista comenzó a tomar forma, como resultado de los movimientos internacionales de mujeres, las prerrogativas del estudio literario sufrieron una alteración inusitada. Si bien, hasta ese momento, se había dado por sentado que tanto el lector, como el autor y el crítico de la literatura estaban constituidos por entes masculinos, las mujeres empezaron a demostrar que su experiencia no hacía sino enriquecer ese campo con perspectivas y expectativas que les son propias. Lo que se estaba generando era una voz nueva que también tenía importantes historias que contar. Hasta entonces, tanto la crítica, como la teoría literaria se habían constituido en bastiones celosamente guardados por la intelectualidad masculina. El éxito de la crítica feminista, sin embargo, abrió el espacio para una nueva autoridad: la mujer que se acerca al texto literario y que sobrepasa las barreras de lo escrito exclusivamente por otras mujeres.

La crítica literaria feminista, en ese momento, va más allá y proporciona una nueva identidad a prácticamente todos los textos que constituyen nuestra herencia literaria. En algunos casos, explora las representaciones literarias de la diferencia sexual; en otros, pone de manifiesto las maneras en que los géneros literarios han adquirido forma a partir de valores eminentemente masculinos. En otras oportunidades denuncia el hecho de que la voz femenina ha sido sistemáticamente excluida de las instituciones literarias, críticas y teóricas. En todo caso, en cualquiera de los ámbitos que haya explorado, la crítica feminista establece el género como una categoría fundamental para el análisis literario.

La teoría feminista que se ha desarrollado como resultado de estas conquistas constituye, en sí misma, una forma de crítica literaria que requiere un grado

interpretativo significativamente amplio, pues hay que partir del hecho de que no sólo hay varias formas de feminismo, sino que no existe una “mujer” en abstracto que pueda ser representada por una sola teoría. Es preciso tomar en cuenta que las mujeres somos diversas; que experimentamos la dominación en diferentes formas y maneras, dependiendo del contexto particular en el que nos encontramos. La teoría crítica feminista debe y puede acomodarse a la pluralidad de las experiencias de vida y a las formas particulares de dominio y de lucha que reflejan esa diversidad.

En el campo eminentemente teórico, la crítica feminista difiere de otras escuelas críticas contemporáneas, por el hecho de que sus principios no derivan de un cuerpo único de textos “sagrados.” A diferencia de los estructuralistas, los psicoanalistas, los marxistas o los deconstruccionistas que, de manera recurrente, se “aferran” a Saussure, Freud, Lacan, Marx o Derrida, la crítica feminista ha evolucionado a partir de varias fuentes que tienen estrecha relación con la lectura de textos escritos por mujeres; con intercambios entre diversas lecturas feministas sobre otras disciplinas, especialmente la historia, la psicología y la antropología. La crítica feminista se informa también, claro, de la teoría literaria como tal. Tanto la lingüística, como el psicoanálisis, el marxismo, el deconstruccionismo y la teoría postmoderna, entre otras, constituyen importantes herramientas de análisis para la teoría crítica feminista.

No hay que olvidar que son las mujeres las que han generado este tipo de crítica; son ellas las que le han dado forma. Es, precisamente, en la escritura de las mujeres donde encontramos la expresión más auténtica y más rica de la problemática de la crítica feminista: ¿cómo combinar lo teórico con lo personal? En todo caso, se trata de una revolución intelectual, social y cultural que se nutre de la violación de los paradigmas establecidos y del descubrimiento de una nueva perspectiva tanto literaria, como histórica.

En su primera etapa, como lo asegura Elaine Showalter, la crítica feminista concentró su análisis en la denuncia del carácter misógino de la práctica literaria. A través de una revisión del pasado, de la reconstrucción de la historia, apareció la imagen estereotipada de una mujer angelical o monstruosa, según la circunstancia. Se hizo evidente el acoso sexual al que estaban sometidas las heroínas de la literatura clásica, escrita por y para ser leída desde una perspectiva puramente masculina. La constatación de estas circunstancias

permitió a los movimientos de mujeres subrayar las múltiples conexiones entre la literatura y la sociedad en lo relativo al maltrato, al abuso, a la pornografía y a la violación, aunque en este primer momento la crítica feminista tampoco se había liberado por completo del fantasma patriarcal y aún resultaba difícil sobrepasar las categorías binarias del “bien” y del “mal.” Como lo señala Laurie Bell, las prostitutas, por ejemplo, estaban obviamente descalificadas para pertenecer al “club” feminista (Bell: 17).

El movimiento de mujeres tuvo que ir más allá de la simple crítica de las prácticas existentes para poner en evidencia la relación entre las prácticas opresoras de la mujer y las teorías y presupuestos filosóficos que apoyan y sirven de espejo a esas prácticas. Este esfuerzo de deconstrucción constituía, sin embargo, sólo una parte del proyecto feminista. Como todas las teorías críticas, tenía que comprometerse, también, en un objetivo constructivo, que ofreciera una concepción de práctica y teoría alternativas que dejaran de lado el discurso dominante. No se trataba únicamente de intercambiar una forma de dominio por otra. Se estaba buscando una suerte de “Revelación.” Prueba de ello son los textos de, por ejemplo, Kate Chopin, El despertar (1899); El libro de oro, de Doris Lessing, (1962) o Las guerrilleras, de Monique Wittig.

Más adelante, en lo que Showalter caracteriza como “segunda etapa,” surge la revelación y la toma de conciencia de que las mujeres también tenemos y tuvimos siempre una escritura propia. Se empieza a recuperar los textos de autoras mujeres de todas partes del mundo, representativos de momentos históricos diferentes. Se abre, así, una perspectiva privilegiada de la mujer, de su auto-definición, de los temas, las imágenes, las conexiones que podían establecerse entre su psicología y sus experiencias sociales y estéticas en las culturas aún dominadas por el poder masculino. Gracias a estas relaciones se podía hablar de una estética femenina, de una conciencia literaria y artística únicamente femeninas. Susan Griffin y Alice Walker, por ejemplo, se refieren a una cultura femenina que, habiendo sido rechazada, necesitaba ser revisada a través de un “lenguaje femenino” (Showalter: 7).

Esta perspectiva genera un importante trabajo al interior de las disciplinas específicas. El objetivo, “volver a traer” a la mujer hacia las áreas del conocimiento de las que fueron marginadas o en las que fueron literalmente invisibilizadas. Hablamos de un re-descubrimiento de la historia femenina; de

las mujeres artistas y de su trabajo; de las áreas de la vida social tradicionalmente ignoradas por las ciencias sociales. La naturaleza de la representación de la mujer en las artes y la literatura debe ser considerada en relación con las condiciones y estructuras de la producción y el consumo culturales. Se hace imprescindible saber quiénes son las artistas y cuáles son las circunstancias que posibilitan su trabajo.

En esta fase, como lo afirma Ana Rosa Domenella, “se descubren obras de considerable valor artístico no tenidas en cuenta por círculos académicos o historias oficiales” (Ayllón: 45). Se abre un espacio para la obra de grupos marginales en los que se incluye la producción literaria latinoamericana, la literatura afroamericana y la chicana, entre otras. Se hace posible, al mismo tiempo, considerar la obra producida por grupos sexuales minoritarios, como las lesbianas, por ejemplo. Escritoras como Adrienne Rich afirman que “es la lesbiana que existe en cada mujer, apremiada por la energía positiva, la que gravita hacia las mujeres fuertes; la que busca una literatura capaz de expresar esa energía y ese poder” (Showalter: 7). No olvidemos que la teoría feminista tiene sus raíces en la historia contada desde los márgenes. Y, aunque se trata de un margen único y diferente de los otros, su tema es la realidad de las vidas de mujeres, en el pasado y el presente, capturadas en artefactos y documentos; o conocidas por inferencia; vidas experimentadas como opresión en asociación con hombres que dominan a mujeres; hombres que, a menudo, son también dominados por otros hombres (Stephen Leonard: 214).

Se empieza a profundizar en el hecho de que la cultura es un elemento central en la formación de género. El arte, la literatura, el cine, entre las otras muchas expresiones “humanísticas” y estéticas, no sólo representan una serie de identidades genéricas; no se limitan a la reproducción de ideologías ya establecidas sobre la femineidad. Van más allá y participan en la propia *construcción* de esas identidades. Las políticas culturales, en este contexto, no constituyen únicamente sectores de acción política. Son una empresa vital, localizada en el punto crucial del complejo orden que (re)produce las divisiones sexuales en la sociedad.

Si observamos, por ejemplo, la situación de las mujeres en las sociedades latinoamericanas y “tercermundistas” en general, constataremos que la dependencia económica, la subordinación política y la marginalidad cultural

matizan la teoría literaria con la urgencia de establecer una identidad cultural específica, tendiente más a la liberación social, que a la independencia de género.

A lo largo de la crítica feminista concentrada en el análisis de textos ya escritos, podemos diferenciar algunos elementos prioritarios. Por un lado, el análisis se concentra en la escritura, como el espacio privilegiado para la exploración del cuerpo y la sexualidad. Hélène Cixous, por ejemplo, estaba comprometida en la producción de una forma de escritura femenina que pudiera representar una suerte de bisexualidad, que destruyera las jerarquías de un mundo dual y operara en beneficio de los intereses de las mujeres. En otros casos, la atención se concentró en el lenguaje como el instrumento de cambio; como la economía de la marginalidad, la subversión y la disidencia. Más adelante, se establece un cambio en el centro de atención que pasa del texto a la autora. La importancia de este movimiento radica en que abre la posibilidad de establecer un compromiso con los factores extra-textuales que constituyen y determinan la escritura misma, denunciando la ideología patriarcal y la representación de género en los textos. Al mismo tiempo, dirige la atención hacia la posición actual de la mujer en la sociedad. Esto no significa, claro, que todas las lecturas feministas concentradas en textos escritos por mujeres— lo que Showalter llama *ginocrítica*—tengan la misma orientación, los mismos intereses. En su mayoría, las críticas feministas se han limitado a observar y discutir la relación de la mujer con la producción literaria y su ubicación en las estructuras sociales; en algunos casos, el objetivo ha sido inclusive el detalle biográfico de las escritoras en cuestión. Lo que haría falta, según teóricas como Janet Wolff, es un marco teórico sociológico más vasto y más profundo. Según ella, la crítica literaria feminista estará realmente adecuada a su objeto, únicamente cuando sea capaz de establecer un análisis de las divisiones sexuales en la sociedad; de las relaciones sociales con la producción cultural; y de la relación entre textualidad, género y estructura social (Wolff: 107).

Surge, entonces, la necesidad de crear una crítica literaria propiamente femenina. Se hace imprescindible re-pensar, desde una perspectiva feminista, los fundamentos esenciales del estudio literario; de revisar los presupuestos teóricos sobre la lectura y la escritura, ampliamente aceptados y basados, en su totalidad, en la experiencia literaria masculina. En este sentido, la crítica feminista norteamericana encuentra sus fundamentos y sus colaboradores entre

los miembros de la academia, en los departamentos de Literatura y de Estudios sobre Mujeres. La teoría del cine juega también, y lo hace todavía, un rol prioritario, informando a la crítica puramente literaria y cuestionando la representación de la mujer en la pantalla. Directoras y críticas como Dorothy Arzner ponen en evidencia que el Movimiento Feminista asumió, en determinado momento, la importancia de “conectar” los medios de comunicación con las luchas emprendidas por las mujeres y, al mismo tiempo, someterlos a un acucioso proceso de cuestionamiento. Esta estrategia hizo posible la revisión del rol de la mujer en la fuerza creativa del cine, por un lado, mientras por el otro, proponía un serio examen sobre el problema de la mujer como espectáculo.

Según Showalter, la experiencia británica fue algo distinta, puesto que las bases institucionales de la crítica feminista se habrían desarrollado, más bien, fuera de las universidades, en el campo de la política radical, el periodismo y los espacios editoriales. La mayor contribución a la crítica feminista internacional recae, sin duda, en el análisis de las conexiones entre género y clase social; en el énfasis puesto sobre la cultura popular y en la crítica feminista de la teoría literaria marxista. Mary Jacobus, Rosalind Coward y Cora Kaplan, entre otras críticas británicas, combinan los intereses de la teoría marxista en los procesos de producción e ideología de la literatura, con preocupaciones feministas sobre la escritura de mujeres.

La teoría francesa, por su parte, se concentra en las maneras en que lo “femenino” ha sido definido, representado o reprimido en los sistemas simbólicos del lenguaje, la metafísica, el psicoanálisis y el arte (Showalter: 9). Lacan, Derrida y Barthes han orientado el interés y la importancia fundamental que la crítica feminista francesa le ha otorgado al lenguaje, sin que esto signifique, claro, que Kristeva, Cixous y otras muchas hayan simplemente “traducido” los conceptos psicoanalíticos, deconstruccionistas y estructuralistas de sus “maestros” y los hayan “adaptado” a su propio concepto de lo “femenino.” Al contrario, la teoría crítica francesa se nutre de estos “antecedentes” en la medida en que sus fundamentos son contestados sistemáticamente por una multiplicidad de argumentos tendientes a delimitar un espacio puramente femenino en la escritura.

Como resultado de esta revolución teórica, la crítica literaria ha aportado al estudio de la literatura y el arte con una creciente vitalidad, explorando campos de análisis en la sociología, la antropología, la historia, la religión, la psicología, la ciencia política y las comunicaciones. En el caso específico de América Latina, la teoría feminista se ha nutrido de una serie de “venas” que van desde la pura creatividad hasta las luchas sociales. La emergencia de mujeres novelistas, poetisas, periodistas, junto con el advenimiento de activistas políticas hace posible el establecimiento de una conciencia feminista que, en buena parte del siglo XX, está directamente unida a los giros de la modernización.

El género, en las sociedades modernas, es una categoría social fundamental que da forma a todas las dimensiones de la vida humana. La crítica feminista latinoamericana, necesariamente, enfatiza en la interacción entre género y fenómenos sociales. En este sentido, toma en cuenta tanto a la mujer que escribe, como al producto de esa escritura, pues son ambos elementos los que producen el sentido dentro de una cultura establecida. La crítica feminista considera la opresión de género (estrechamente ligada a cuestiones de sexualidad), mientras interactúa con los efectos materiales de la dependencia política y económica.

No hay que dejar de lado el hecho de que, en muchos lugares de América Latina, las políticas estatales oficiales y las no oficiales se ejecutan en el cuerpo social; en los cuerpos de los ciudadanos, promoviendo así una experiencia íntimamente personal y dando forma a la visión particular del individuo que reconocemos, en este caso, como la voz narrativa del texto. La mujer, en este contexto, experimenta su posición en términos negativos, no sólo con respecto a las políticas económicas y culturales de las potencias extranjeras, o de las clases dominantes, sino que se percibe “otra” dentro de su propia cultura y su propia clase social. El estatus económico, social y político de la mujer se complica, de manera evidente, con factores de género y diferencia sexual.

Llegamos, así, a un punto crucial en la consideración de las teorías que discuten la identidad cultural y la problemática de la liberación. La teoría y la crítica literarias necesitan conceptualizar el problema de la opresión genérica y las posibilidades de rectificar este drama sobre todo dentro de los contextos minoritarios. La literatura, en estas circunstancias, debe ser enfocada tanto desde el texto, como en el marco de las instituciones y los procesos sociales. Lo que

significa que un acercamiento feminista hacia la literatura debe estar profundamente comprometido con ambas perspectivas: las textuales y las político-sociológicas. Por otro lado, la crítica literaria escrita por mujeres, especialmente en América Latina, no debe dejar de cuestionar las prácticas discriminatorias establecidas por editores, lectores y por un mercado todavía dominado por la estética masculina. Sólo se puede comprender la naturaleza patriarcal de la representación literaria mediante el escrutinio de la producción de esos textos en relación con las instituciones literaria, social y política.

Para concluir, podemos argumentar que la teoría feminista representa la realización de la idea de una teoría crítica llevada a la práctica. En cualquiera de los contextos históricos, geográficos y culturales que hemos recorrido a lo largo de este ensayo, la teoría feminista parte del reconocimiento de la opresión de la mujer y de las maneras en que esa opresión da lugar a un interés emancipatorio que es, en definitiva, el interés de la teoría misma. La teoría feminista denuncia los fundamentos más importantes de la opresión a través de la crítica de las distorsiones y las descripciones erradas del discurso dominante. Por consiguiente, la crítica feminista está constituida por el objetivo característico, la estructura lógica y las concepciones particulares que constituyen la esencia de la teoría crítica.

Los diferentes feminismos contextualizan la historicidad de sus propios intereses y horizontes. Mediante el descubrimiento de voces femeninas, la re-lectura de la historia literaria desde el punto de vista de la mujer y la producción teórica a partir del arte, la crítica literaria feminista intenta preservar la pluralidad y la diferencia, mientras alimenta el poder femenino, contestatario de los discursos autoritarios. No se trata, sin embargo, de respaldar un escepticismo normativo postmoderno. El discurso crítico feminista constituye, después de todo, un discurso solidario, un hecho que requiere establecer una distinción entre las teorías y las prácticas potencialmente emancipatorias y/u opresivas.

El discurso crítico literario del feminismo ofrece un auto-entendimiento meta-teórico que nos abre la posibilidad de sobrepasar las desavenencias histórico-culturales y las trampas impuestas por la modernidad y la postmodernidad. El discurso crítico feminista, como lo señala Kathy Ferguson, no tiene como propósito la conformación de una vida política unánime; pero sí propone una política en la que los modos de conflicto y las definiciones de los intereses sean

considerados dentro de un contexto de incumbencia general, en busca del bienestar colectivo (Leonard: 247).

La crítica literaria feminista, como parte de las prácticas de los movimientos de mujeres, es tanto una actividad política, como intelectual. Para intervenir en cualquier tipo de producción crítica o literaria, es imprescindible comenzar por el conocimiento detallado de las instituciones y de las relaciones sociales en las cuales se produce la escritura. Esta competencia estratégica, esencial para una política efectiva, constituye la contraparte política de la suficiencia intelectual que se requiere para la empresa de la crítica literaria y para una eventual sociología de la literatura.

Leer lo que no fue leído antes o leer textos conocidos, pero desde una perspectiva novedosa, como la de género y la de diferencia sexual, permite *descubrir* en el sentido más amplio y más creativo del término. Al examinar las relaciones entre la literatura y las realidades sociales y al dar voz propia a los textos abandonados o mal representados por la crítica, abrimos un espacio de acceso a una nueva perspectiva del canon del arte y la literatura. Confrontamos una tradición “intachable” que representa puntos de vista dominantes sobre asuntos de clase, raza y sexo, junto con las voces disonantes de los márgenes. La crítica literaria feminista propone, en esencia, un proceso de descubrimiento y de re-evaluación del texto. Los efectos de esta empresa necesariamente comprometida con la problemática del género y la diferencia sexual, tendrían que ser inevitablemente diseminados sobre nuestras maneras tradicionales de leer y pensar sobre la historia, la cultura y la literatura.

BIBLIOGRAFÍA

Ferguson, Kathy

1990 En Stephen Leonard **Critical Theory in Political Practice**. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

Leonard, Stephen

1990 **Critical Theory in Political Practice**. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

Rich, Adrienne

1985 Citada en Elaine Showalter. **Feminist Criticism: Essays on Women, Literature and Theory**. New York: Pantheon Books.

Showalter, Elaine, Ed.

1985 **Feminist Criticism: Essays on Women, Literature and Theory**. New York: Pantheon Books.

Wolff, Janet

1990 **Feminine Sentences: Essays on Women and Culture**. Berkeley, Los Angeles: University of California Press.